

UN OASIS EN LA GUERRA

«No hay que quedarse ahí dentro más de veinte minutos, no más de veinte minutos», dice el capitán-consejero americano con su acento cantarrín de Virginia. «Al Vietcong le gusta organizar emboscadas en las plantaciones. Cuando estamos acorralados en medio de estos árboles, nuestra artillería regula difícilmente sus tiros de apoyo, y nuestros helicópteros se las ven y se las desean para localizarnos».

A la sombra de los viscosos árboles del caucho descansan los soldados de la 182 compañía aerotransportada survietnamita. El radio del consejero americano ajusta sus botas especiales para la jungla. Un sargento limpia la culata de su «M-16» y mordisquea un pepino. Los morteros etablan un duelo del lado de la frontera cambodiana.

Volvemos a ponernos en marcha. En el límite de la plantación, el calor del mediodía, espeso como un jarabe de arce, aplasta a los hombres. Por todas partes encontramos trincheras recién hechas, fuegos apagados. El americano remueve las cenizas con aire de experto: «Charlie estaba aquí hace dos días». Recoge un casquillo: «Los vietcongs tienen todos "AK-47"». No es un mal fusil automático, pero resulta demasiado pesado. No vale tanto como nuestros "M-16"».

La montaña sagrada

A través de los arrozales y de los campos inundados en agua, sobre los diques embarrados, las campesinas echan miradas neutras a los soldados, o bien ni siquiera les miran. A estas horas, los pueblos, inmersos en su grasa vegetación, están casi vacíos. No hay perros. «Todas estas aldehuelas simpatizan con el Vietcong —murmura el americano—. El Vietcong viene aquí por la noche. Y Charlie mata a los perros para que no ladren». En el cuartel general de la primera brigada americana, un comandante, con la cabeza llena de cifras y de gráficos, me dijo que «no había cuatro aldehuelas vietcongs en el distrito». El optimismo es directamente proporcional al grado. El coronel de este comando pretende que «la provincia de Tay Ninh está pacificada en un noventa por ciento»...

Ante nosotros, a seis kilómetros, con la cima entre las nubes, está la montaña de la Virgen Negra, Neu Ba Den. Domina la provincia. Desde hace cinco años, los americanos ocupan la cúspide permanentemente y dominan —de día— la base. Desde hace cinco años, «Charlie» es dueño de las laderas, de las pendientes cortadas a pico y de sus grutas. Cuando los americanos intentaron tomar por asalto la montaña, las pérdidas resultaron dema-

siado numerosas. «Haría falta una división para expulsar de allí al Vietcong». Los americanos saben que Neu Ba Den es un punto de aprovisionamiento de la primera división norvietnamita y de la novena división vietcong. Saben que las compañías regionales del F.N.L., la C-40, la D-1, la D-14 pasan y vuelven a pasar por Neu Ba Den. Los americanos lo saben todo sobre sus adversarios, menos lo que van a hacer esta noche, mañana, ahora mismo. Sin embargo, los americanos no dejan de repetir: «El Vietcong se repliega a Cambodia. Se lame las heridas. Le hacemos correr». Pero cuando un ejército de guerrilla no corre, cuando se queda clavado es cuando tiene las de perder...

En los amaneceres lívidos, en las mañanas agobiantes, a lo largo de las noches lluviosas, los americanos bombardean Neu Ba Den. Cinco mil obuses por noche no son nada para las baterías de Fort Michell o de Fort French. Los helicópteros «Cobra» cubren de ráfagas de ametralladora y de «roquettes» Neu Ba Den. El F.N.L. y los norvietnamitas pierden muchos hombres, pero aguantan. A caballo entre sus imperativos militares —en la cima de la montaña defienden una estación de telecomunicación— y las condiciones político-religiosas de la provincia, los estrategas norteamericanos declaran: «Si Neu Ba Den no fuera una montaña sagrada la evacuaríamos. La arrasáramos con los "B-52". Hecho el trabajo, volveríamos a subir a ella».

Un cerrojo

El Estado Mayor survietnamita ha lanzado a una de sus unidades de choque, a su brigada aerotransportada, a las docenas de combates y centenares de emboscadas que constituyen la batalla de Tay Ninh. Tay Ninh es una provincia clave: militarmente está en la desembocadura de una variante de la pista Ho Chi Minh. Hay norvietnamitas que han llegado hasta los arrabales de Long Hoa, y que han luchado en las calles, a doscientos metros de la Santa Sede caodaísta, a cinco kilómetros de la ciudad de Tay Ninh. En estos barrios populosos, los americanos no han podido o querido utilizar la artillería, por lo que han empleado tres días en desalojar al enemigo. Políticamente, la provincia es importante: antenas móviles del gobierno revolucionario provisional circulan en estas selvas concedidas al F.N.L. hacia el Norte, o del otro lado de la frontera. Pero, sobre todo, Tay Ninh es la patria del caodaísmo. Adormilado durante largo tiempo, se despierta ahora. Alrededor del diez por ciento de la población se considera caodaísta en el Vietnam del Sur. Se

trata de algo que no hay que echar en saco roto en la perspectiva de las luchas políticas y de las batallas electorales por venir. En consecuencia, los americanos deben dominar militarmente Tay Ninh: se trata de un cerrojo sobre la carretera de Saigón. El gobierno provisional revolucionario quiere tomar la ciudad, en primer lugar políticamente.

Saigón no está más que a 99 kilómetros. Psicológicamente, la capital está a 1.000 kilómetros. Allí mimen las declaraciones de los ministros de Washington. «Hemos observado un período de calma militar». Se saluda alborozadamente la marcha de los soldados americanos. En Tay Ninh ni se habla de marcha. Por el contrario, se traen refuerzos de Infantería e incluso de Marina. Aún se espera otra avalancha sobre la ciudad.

Durante las veinticuatro horas del día, en toda la provincia, se oyen los ruidos o los rugidos de la guerra. Ningún adulto, ningún niño levanta la cabeza por un obús que estalle a menos de un kilómetro. El silencio asombra.

Sin embargo, hay un oasis en la guerra, sin alambradas, sin casamatas, sin minas. Encerrada en sus altos muros está la Santa Sede caodaísta. Un remanso. Un paréntesis en la guerra. Los autos blindados llevan de un lado a otro a los GI's de rasgos demacrados, provistos de chalecos antibalas, pasan al lado de los muros, pero no entran nunca en la Santa Sede. Alrededor de sus puertas circulan centenares de muchachos, que evitan ser movilizadas. La Santa Sede no tiene ningún estatuto legal. Desde que la administración colonial francesa ofreció estas tierras a los caodaístas —un kilómetro cuadrado de Santa Sede y, a su alrededor, cuarenta kilómetros cuadrados de «ciudad santa»—, todos los regimientos de Saigón le han concedido una especie de extraterritorialidad.

Vaticano de Asia, la Santa Sede se organiza en torno a un templo-catedral, tarta calada en tonos rosas y verdes chillones. Si «el propio Dios» no hubiera trazado sus planos se creería que este edificio es la obra maestra de un Facteur Cheval, inspirado por San Pedro, el Sagrado Corazón y la pagoda An Quang. Desde el techo, un caballo-dragón mira fijamente a la trinidad brahmana y a los aviones de caza que, a pesar de todo, «violan» el espacio aéreo de la Santa Sede. En el vestíbulo del templo están los tres santos preferidos pintados al óleo: el poeta vietnamita Nguyen Binh Khien, Sun Yat Sen y Víctor Hugo, angélico, barbudo, en bicorneo de académico. Se ha pensado en canonizar a Winston Churchill. Nunca se ha pensado en canonizar a un americano, ni siquiera al general Lonsdale que, en los años cincuenta, culturizó a los caodaístas.

En el corazón de la Santa Sede se olvida la guerra por un momento. Calma virgiliana. Paz de fatanstero. La sabiduría está al pie de cada tamarindo, la liberación kármica, en las flores de los paseos...

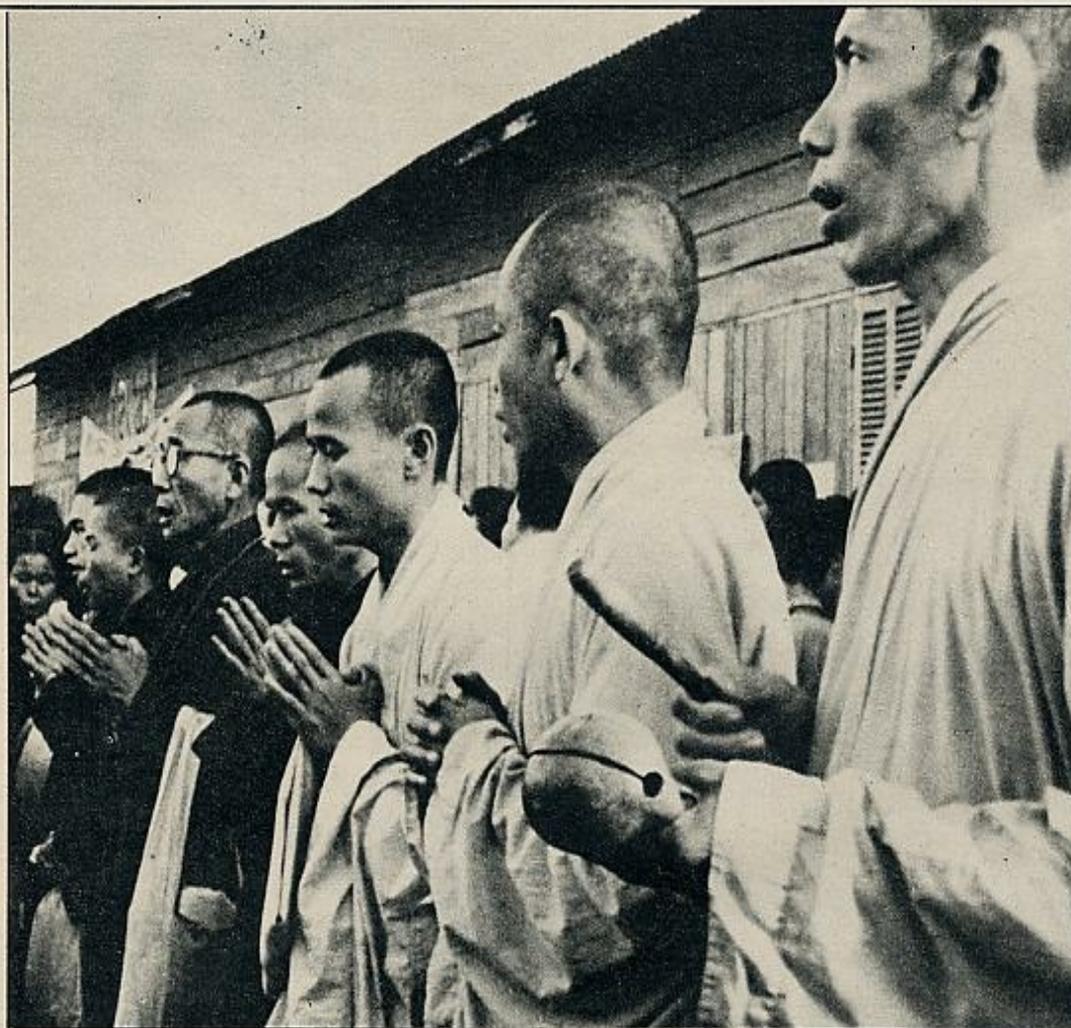
Allí se enseña la Verdad, que trasciende los procesos de los neutralistas de Saigón, las maniobras del embajador Ellsworth Bunker, las desventuras de los defensores de Ben Het. Allí se aprende que el caodaísmo es el sincretismo de las tres religiones de Oriente: budismo, taoísmo y confucianismo. Debe ser un mortero. Que la segunda revelación llegó con Tao, Confucio, Cakyamuni, Jesús y Mahoma. Chop, chop, chop, un helicóptero. Huey pasa a trescientos metros sobre la pradera. La Tercera Revelación fue otorgada por Dios al fundador del caodaísmo, Ngo Van Chieu, en la isla de Phu Quoq, en 1910. ¿Es allí, en Phu Quoq, donde hay un campo de concentración? ¿Están desembarcando en Phu Quoq los rangers y los marines? Allí se sabe comunicar con los espíritus a través de mediums. Lamentables americanos con sus infrarrojos, infranegros que buscan a los vivos en la noche de la jungla. Aquí se encuentra a los muertos, se les habla. Ayer, mientras sobrevolaba Neu Baden con un comandante especialista de la «guerra psicológica» bajo nosotros estaban muriendo —según afirman los americanos— un GI y cuarenta vietcongs. El comandante, aullando en un megáfono, daba a los vietcongs «napalmados» el consejo de rendirse. «Nuestro Divino —dicen los caodaístas— da sus consejos y sus órdenes a través de la Cesta de pico». Objeto sagrado del culto y de la secta esta cesta, la cesta, sostenida por dos dignatarios, escribe sobre una plancha... La cesta procede a los nombramientos. Un día, el pico explicó que había una solución para la guerra del Vietnam: había que volver a 1954, hacer frente a Ho Chi Minh y a Bao Dai...

En cada encrucijada hay un guardia sin armas, enteramente vestido de blanco, con un casco colonial plastificado, que está entre el policía lánguido y el guardián de museo. La guardia de la Santa Sede —quinientos hombres— es mandada por el general Thanh. Hace unos meses, saliendo de su reserva, la Cesta de pico hizo saber que Thanh debía ponerse al frente de la guardia y convertirse en una especie de comisario de asuntos políticos. Ahora se muestra suavísimo bajo su sombrero cónico, impecablemente puro en sus zapatos de tenis y su túnica blanca, bastante misterioso tras sus gafas de sol, pero cuando los caodaístas tenían un ejército privado, el general era un guerrero temible.

«General —digo entre dos coca-colas—, en Saigón se murmura que tiene usted la intención de reconstituir un ejército privado...». El ge-

A cien kilómetros de Saigón, Olivier Todd ha descubierto un Vietnam sin casamatas y sin alambradas: la Santa Sede de la extraña secta caodaísta.

Por OLIVIER TODD



neral se pone la mano sobre el corazón: «¿Cómo podría hacerlo? Nuestra doctrina de Amor y de Justicia...». En Saigón se dice que en la ciudad santa debe haber escondites de armas. «¿Cree usted que el F.N.L. quiere tomar Tay Ninh?». «Lo creo. Por razones militares. Por razones políticas. Y para encontrar el corazón del pueblo. Igual que muchos eminentes caodaístas, al general no le gusta nada el F.N.L. ni el G.P.R., bastante lejanos uno y otro, hay que reconocerlo, de la Tercera Revelación. En Hanoi y en Pekín el caodaísmo ha pasado a la historia a raíz de la revolución. En la época del Viet-Minh, numerosos caodaístas fueron ejecutados. El caodaísmo es flexible, pero tiene buena memoria.

Frente al gobierno de Saigón, el general Thanh es amargo, sarcástico. Hay que leer entre sus sonrisas. ¿Por qué, en esta provincia caodaísta, los saigoneses han nombrado a un jefe provincial católico?

«Pregúnteselo a Thieu», dice suavemente el general Thanh. Lo que no dice es que él mismo, Thanh, es pariente de Thieu. Que se ha cuidado bien de mostrarse aquí durante la ofensiva del Tet. Que quizá ha seducido a la Cesta de pico para que nombre oportunamente a Thanh jefe de la guardia... ¿Cuánto les gustaría a la CIA, al S2, a todos los hormigueantes servicios de información y, evidentemente, al F.N.L., asegurarse los servicios de la Cesta

Los caodaístas, recientemente divididos y con múltiples tendencias, tienden a unirse. A celebrar cada vez más congresos con los budistas, los Hoa Hoa... Hay una dificultad. Los caodaístas están, de momento, sin Papa. Hay sólo uno en funciones, que está en malas relaciones con un pretendiente que se encuentra en Cambodia... La Cesta, desde 1964, es muda en lo que se refiere a los papables. Los dignatarios caodaístas dudan. ¿Hay que mezclarse en política o consagrarse en-

teramente a los asuntos de la fe? Miren, Su Eminencia el Thien Phou no parece estar de acuerdo con el general Thanh. ¿Quiere el F.N.L. tomar Tay Ninh?

«¿Para qué? No, no quiere tomar Tay Ninh.»

Luego dice, diplomáticamente: «Tenemos buenas relaciones con el gobierno de Saigón.»

¿Los americanos?

«Creo que han sido llamados a petición del gobierno de Saigón, sí, eso creo...».

La jerarquía es paciente, prudente. Los jóvenes caodaístas se mantienen a igual distancia del F.N.L. y de Saigón, pero está orientalmente claro que: a) que no les gustan en absoluto los americanos; b) que estiman que «el gobierno de Saigón no busca suficientemente la paz»; c) que quieren «un cierto autonomismo caodaísta»; d) que «el comunismo no es buena cosa para nosotros».

Pero si uno habla de Ho Chi Minh dicen: «Es un gran patriota».

Un Robín de los Bosques

Si se habla del comandante Mung, un caodaísta que se ha unido al F.N.L. en 1960 y que ocupa un puesto nominalmente importante en el G.P.R. y que en la provincia tiene la reputación de un Robín de los Bosques, dicen: «Mung es un hombre bueno».

Thieu cuida a los caodaístas. No ha olvidado que en las últimas elecciones presidenciales, aun trucadas, no ha obtenido en la provincia de Tay Ninh más que el 30 por ciento de los votos, mientras el candidato neutralista, actualmente en prisión, obtenía el 40 por ciento. El día de mi marcha se produjo en Tay Ninh un acontecimiento considerable. El católico jefe de provincia, el coronel Toung, dimitió, o, lo que es lo mismo, fue sustituido por uno de los adjuntos, el teniente coronel Thien, caodaísta. Obsérvense los matices: un caodaísta, pero teniente-coronel, no coronel, y, en consecuencia, con un poco menos de autoridad. Antes de que el coronel Tuong se llevara a su familia, sus muebles y un árbol de Navidad a Saigón hubo una bella ceremonia de pasc de poderes en el salón anejo a la sala de operaciones tácticas de la residencia.

Entre los notables invitados no había, por una vez, demasiados sacerdotes católicos ni cruzados. Había —muy tieso, muy silencioso, muy impermeable en su sillón— un dignatario caodaísta. No un gran dignatario, sino apenas un vice-obispo.

Consultada en voz baja, hace unos días, la Cesta de pico predijo que pronto, antes de finales de julio, «veintiún obuses y un mortero caerán en la Santa Sede». Predicción plausible, coincidencia con las previsiones programadas de los servicios de información americanos y survietnamitas. El Pontífice en funciones, Sanh, no tiene deseos de recibir al G.P.R. ni de firmar un manifiesto denunciando a «la camarilla Thieu-Ky-Houng». Pero, recientemente, el candidato pro-Thieu en la comisión laica caodaísta ha sido batido.

Según la ley religiosa caodaísta «el concubinato está prohibido», salvo en caso de que la primera mujer sea estéril. Entonces, con consentimiento de aquélla, el concubinato está admitido. Los caodaístas, creo, no están —o no están aún— preparados para tomar al G.P.R. como concubina. Sin embargo, están totalmente convencidos de que el gobierno de Saigón es políticamente estéril.

Ahora, los «B-52» bombardean las laderas de Neu Ba Den. ■ O. T. Fotos: CIFRA y ARCHIVO.